á nuestro alcance la realidad, y la realidad confirmando sobradamente nuestras deducciones. Evidente es, en efecto, que si no se las rebustece cuanto antes, hasta las bases de la sociedad van á conmoverse, y que envolverán en su ruina los grandes principios del derecho y de la moral eterna.

De ahí provienen los grandes daños que ha recibido todo el cuerpo social, comenzando por la familia. El Estado secular, sin acordarse de sus límites ni del fin esencial de la autoridad que le compete, ha puesto la mano en el vínculo conyugal, para profanarlo despojándole de su carácter religioso; ha usurpado, en cuanto le ha sido posible, el derecho que por ley natural asiste á los padres en cuanto se refiere á la educación de los hijos, y en muchas partes ha destruido la indisolubilidad del matrimonio, otorgando la función legal á la licenciosa institución del divorcio. Conocidos son los resultados de semejantes extralimitaciones, y como han crecido cuanto no se puede decir el número de matrimonios, apenas esbozados por el estímulo de pasiones vergonzosas cuando ya disueltos en trágicas contiendas ó en escandalosas infidelidades. Y nada decimos de los hijos de estos matrimonios, inocente descendencia que queda abandonada ó pervertida, en unos casos por el mal ejemplo de los padres y en otros por el veneno que el Estado, oficialmente ateo, les suministra diariamente.

Al par de las familias se ve puesto en peligro el orden político y social, principalmente por las nuevas doctrinas, que, atribuyendo á la soberanía un falso origen, han destruido así su verdadero concepto. Porque si la autorización soberana procede formalmente del consentimiento de la multitud, y no de Dios, principio supremo y eterno de todo poder, pierde á los ojos de los súbditos su carácter más augusto y degenera en una soberanía artificial que tiene por fundamento bases inestables y movedizas, como la voluntad de los hombres, de la cual se la quiere derivar. ¿Y no vemos también las consecuencias de este error en las mismas leyes? Con harta frecuencia, en vez de ser la "razón escrita," esas leyes no expresan sino la fuerza del número y la voluntad predominante de un partido político. De esta manera se halaga el culpable apetito de la multitud y se aflojan las riendas á las pasiones del pueblo, hasta cuando turban la laboriosa tranquilidad de los ciudadanos, salvo el acudir en los casos extremos á la represión violenta y á la consiguiente efusión de sangre.

Una vez repudiados los principios cristianos, que tan poderosa eficacia tienen para sellar la fraternidad de los pueblos y hacer de la humanidad entera una especie de inmensa familia; una vez repudiados esos principios, poco á poco ha ido prevaleciendo en el orden internacional un sistema de envidioso egoísmo, merced al cual unas naciones miran á las otras, si no siempre con odio, por lo menos con desconfianza de rivales; de donde se sigue que en todas sus empresas se olvidan facilmente de los grandes principios de moralidad y justicia y de la protección á los débiles y los oprimidos. En el deseo que los espolea de acrecentar indefinidamente su riqueza, las naciones solo miran ya á la ocasión y las circunstancias, á la utilidad del éxito y á la tentadora fortuna de los hechos consumados, seguras de que nadie las inquietará después en nombre del derecho y del respeto que le es debido: principios funestos, que han proclamado la fuerza material como ley suprema del mundo, á los cuales ha de imputarse el progresivo y desmesurado aumento de aprestos militares, ó sea paz armada, comparable á los desastrosos efectos de la guerra en muchos aspectos.

Semejante lamentable confusión de ideas, ha hecho germinar en las clases populares la iniquidad, el malestar y el espíritu de rebeldía, de donde se siguen la agitación y los presentes desórdenes, que presagian tormentas más espantosas todavía. La miserable condición de parte del ínfimo pueblo, digno, ciertamente, de regeneración y amparo, sirve admirablemente á los propósitos de hábiles agitadores y de modo especial á los del socialismo, los cuales, prodigando á las clases más humildes toda suerte de falsos ofrecimientos, preparan la consecución de los más espantosos designios.

Quien se aventura por una pendiente peligrosa, cae forzosamente en el abismo. Con lógica que ha venido á vengar la conculcación de ciertos principios, hase organizado una verdadera asociación de criminales. Dotada de un instinto salvaje, desde sus primeras manifestaciones dejó consternado al mundo A consecuencia de su sólida constitución y de

ventajas que trae consigo la instrucción, la ciencia, la civilización y una prudente y dulce libertad? Ciertamente que no. Al contrario; es preciso tenerlas en alta estima, conservarlas y acrecentarlas, como capital de sumo valor, porque constituyen medios que, de suyo, son buenos, y porque Dios los quiere y con su infinita sabiduría los ordena al bien y provecho de la familia humana. Mas es necesario subordínar su empleo á la voluntad del Creador y no separarlos nunca del elemento religioso, en el cual reside la virtud, que, juntamente con una eficacia especial, les comunica una verdadera fecundidad. Tal es la incógnita del problema. Cuando un ser orgánico perece y se corrompe, señal es de que ha cesado de experimentar la influencia de las causas que le constituyeron y dieron forma, y para verle otra vez sano y floreciente no hay duda que se ha pe colocarle de nuevo bajo la acción vivificante de aquellas causas. Pues bien; la actual sociedad, en su loco intento de huir de su Dios, ha rechazado el orden sobrenatural y la revelación divina, y se ha sustraído así á la saludable eficacia del cristianismo, que es manifiestamente la más sólida garantía de orden, el lazo más fuerte de fraternidad y el inagotable manantial de las virtudes privadas y públicas.

De tan sacrílego abandono nace el desórden que ahora la trabaja, y ésta descarriada sociedad debe volver al seno del cristianismo si le importan verdaderamente su calma, su salud y su bienestar.

Así como el cristianismo no penetra en un alma sin mejorarla, tampoco penetra en la vida pública de una nación sin establecer en ella el orden. Con la idea de un Dios que todo lo gobierna y que es infinitamente sabio, infinitamente justo é infinitamente bueno, el cristianismo infunde en la conciencia humana el sentimiento del deber, calma el sufrimiento, apacigua los odios y engendra héroes. Y si transformó la sociedad pagana, y esa transformación fué una resurrección verdadera, puesto que la barbarie fué desapareciendo á la medida que el cristianismo fué propagándose, también ahora, después de las terribles sacudidas de la incredulidad, sabrá volver á su verdadero camino y reinstaurar en el orden á los Estados modernos y las naciones contemporáneas.

Pero eso no es todo. La vuelta al cristianismo no será un remedio eficaz y completo si no implica la vuelta y un amor sincero á la Iglesia una, santa, católica y apostólica. El cristianismo encarna, efectivamente, en la Iglesia católica: se identifica con esta sociedad espiritual y perfecta, soberana en su esfera, que es el Cuerpo místico de Jesucristo y que tiene por cabeza visible al Pontífice romano, sucesor del Príncipe de los Apóstoles. Esta Iglesia es continuadora de la misión del Salvador é hija y heredera de la redención; ha propagado el Evangelio y lo ha defendido á costa de su sangre, y segura de la asistencia divina y de la inmortalidad que le han sido prometidas, sin pactar jamás con el error, permanece fiel al mandato que recibió de difundir la doctrina de Cristo por todo el mundo y de conservarla en su inviolable integridad hasta el fin de los siglos.

Maestra legítima de la moral del Evangelio, no se manifiesta solamente como consoladora y redentora de las almas, sino también como manantial permanente de justicia y caridad y propagadora al mismo tiempo que tutora de la verdadera libertad y de la única igualdad posible acá en la tierra. Aplicando la doctrina de su divino Fundador, mantiene en prudente equilibrio y traza justos límites á todos los derechos y á todos los privilegios de la sociedad. La igualdad que predica la Iglesia no destruye la distinción entre las diversas clases sociales, sino que la conserva intacta, ya que hasta la misma naturaleza la impone. La libertad que otorga para oponer obstáculos á la anarquía de la razón, emancipada de la fe y abandonada á sí misma, no lesiona los hechos de la verdad porque son superiores á los de la libertad, ni los derechos de la justicia, porque son superiores á los del número, y la fuerza ni los derechos de Dios, porque son superiores á los del hombre.

La Iglesia no es menos fecunda en bienes para el hogar doméstico, porque no solamente combate á los perversos artificios que la incredulidad pone en juego á fin de destruir la vida de la familia, sino que prepara, además, y protege la unión y la estabilidad conyugales, cuyo honor, fidelidad y santidad ampara y fomenta. Al mismo tiempo cimenta y sostiene el orden civil y político, ofreciendo, de una parte, eficaz auxilio á la autoridad y, de otra, mostrandose favora-

ble á las justas aspiraciones de los súbditos y á toda reforma prudente; inculcando el respeto á los príncipes y la obediencia que se les debe, y defendiendo los derechos imprescriptibles de la conciencia sin cansarse jamás. Y así es cómo, gracias á ella, los pueblos sometidos á su influencia no han temido verse esclavizados, porque la Iglesia ha detenido á los príncipes cuando les ha visto lanzarse por la pendiente de la tiranía.

Enteramente seguro de esta divina eficacia, desde el principio de Nuestro Pontificado Nos aplicamos cuidadosamente á poner en claro y hacer resaltar los benéficos designios de la Iglesia; á difundir, cuanto fuere posible, el tesoro de su doctrina y ensanchar el campo de su saludable acción. A este fin se encaminan los principales hechos de Nuestro Pontificado, singularmente las Encíclicas sobre la "Filosofía cristiana," "La Libertad humana," el "Matrimonio cristiano," la "Francmasonería," los "Poderes públicos," la "Constitución cristiana de los Estados," el "Socialismo," la "Cuestión obrera," los "Deberes de los ciudadanos cristianos" y otros asuntos semejantes. Mas el ardiente deseo de nuestra alma no se reducía á iluminar las inteligencias, sino que, además, quisimos mover y purificar los corazones dirigiendo todos Nuestros esfuerzos á que de nuevo florezcan en las naciones las virtudes cristianas. Por lo cual, no cesamos de prodigar estímulos y consejos, á fin de levantar los espíritus hasta los bienes inmarcesibles, y de este modo ponerles en condiciones de que subordinen el cuerpo al alma, la peregrinación terrena á la vida celestial, el hombre á Dios.

Bendita por el Señor, Nuestra palabra ha podido contribuir á afirmar las convicciones de gran número de hombres, á iluminarlos con nueva luz en medio de las dificultades de los presentes problemas, á estimular su celo y á promover variedad de obras. Para bien principalmente, de las clases desheredadas se han fundado esas obras y siguen fundandose todavía en todas las naciones, porque en todas se ha visto revivir esta caridad cristiana que siempre ha hallado en el pueblo su predilecto campo de acción. Si la cosecha no ha sido más abundante, adoremos á Dios, misteriosamente justo y pidámosle, Venerables Hermanos, que se apiade de

tantas almas ciegas, á quien desgraciadamente puede aplicarse la tremenda sentencia del Apostosl: "El Dios de este siglo ha cegado el entendimiento de los infieles para que no les alumbre la luz del Evangelio de la gloria de Cristo." (1)

Cuanto más abarca el celo que anima á la Iglesia de procurar el bienestar moral y material de los pueblos, con más odio se levantan contra ella los hijos de las tinieblas y recurren á toda suerte de medios para empañar su divina belleza y paralizar su acción vivificante y redentora. ¡Qué de sofismas y calumnias propagan! Una de las invenciones más pérfidas consiste en repetir continuamente á la multitud ignorante y á los gobiernos envidiosos, que la Iglesia se opone á los progresos de la ciencia, que es enemiga de la libertad, que usurpa los derechos del Estado y que en todo momento invade el campo de la política; insensatas acusaciones, mil veces repetidas, pero también mil veces refutadas por la sana razón, por la historia y por cuantos hombres tienen corazón noble, amigo de la verdad.

¿La Iglesia enemiga de la ciencia y la enseñanza? ¡Ah! Ciertamente que la Iglesia es la vigilante depositaria del dogma revelado, pero esta misma vigilancia la inclina á proteger la ciencia y á favorecer la sana cultura de los entendimientos. No; al abrir la inteligencia á las revelaciones del Verbo, verdad suprema de quien dimanan originalmente todas las verdades, el hombre no comprometerá nunca, ni de ningún modo, sus conocimientos racionales, por que, muy al contrario, la luz que recibe de la esfera sobrenatural comunica más vigor y claridad al espíritu humano, y en las cuestiones más importantes le preserva de múltiples errores y de angustiosa incertidumbre. Diez y nueve siglos de gloria, conquistada por el catolicismo en todos los ramos del saber, vastan sobradamente para refutar semejante calumnia. A la Iglesia católica corresponde el mérito de haber propagado y defendido la sabiduría cristiana, sin la cual el mundo yacería aún en las sombras de la superstición pagana y en la abyecta barbarie; á la Iglesia se debe la conservación y la transmisión á las generaciones del precioso tesoro de las letras y la ciencia antigua, y el establecimiento de escueals

[1] II. Corint., IV, 4

populares, y la fundación de Universidades, que existen todavía y aún son famosas; y, finalmente, el haber sido inspiradora de la literatura más pura, más gloriosa y más elevada, y el haber amparado, bajo sus alas tutelares, á los mayores ingenios cultivadores del arte.

¿La Iglesia enemiga de la libertad? ¡Ah! ¡Cómo desfiguran la idea de la libertad, que corresponde á uno de los dones más preciosos que hemos recibido de Dios, los que explotan su nombre para justificar el exceso y el abuso! ¿Qué debe entenderse por libertad? ¿La exención de toda ley, la ausencia de todo freno, y como corolario, el derecho á seguir en todas las acciones los dictados del capricho? Pues, ciertamente, la Iglesia reprueba esta libertad, y con ella la reprueba todo hombre honrado. Pero, ¿se entiende por libertad la facultad racional de hacer el bien ampliamente, sin trabas, conforme á las reglas establecidas por la justicia eterna? Pues esta libertad, única digna del hombre y útil á la sociedad, no tiene quien más la favorezca, ni quien más la fomente, ni quien la proteja más que la Iglesia. Y, en efecto, por la virtud de su doctrina y la eficacia de su acción, la Iglesia libertó á la humanidad del yugo de la esclavitud, predicando al mundo la gran ley de la fraternidad y la igualdad humanas. En todos los siglos salió á la defensa de los oprimidos y los débiles contra la arrogante dominación de los poderosos: reivindicó la libertad de la conciencia cristiana, vertiendo á raudales la sangre de sus mártires; restituyó al niño y á la mujer la dignidad y las prerrogativas de su noble naturaleza, haciéndoles partícipes á los mismos derechos de respeto y justicia, y de esta manera la Iglesia concurrió ampliamente á introducir y conservar la libertad civil y política en el seno de las naciones.

¿La Iglesia usurpadora de los derechos del Estado é invasora del campo político? La Iglesia sabe y enseña que su divino Fundador declaró que había de darse al César lo que es del César y á Dios lo que es de Dios, y que de esta manera sancionó el inmutable principio de la perpetua distinción entre las dos potestades y las dos soberanías en sus respectivas esferas; distinción fecunda, que contribuyó ampliamente al desarrollo de la civilización cristiana. Ajena á todo pensamiento hostil al Estado, la Iglesia no mira en su espíritu de caridad sino á caminar paralelamente á los poderes públicos para influir en los mismos súbditos que estos poderes, que son los hombres, y en la misma sociedad, mas por modos y con los fines elevados que le asignan su divina misión. ¡Pluguiera á Dios que su acción fuese acogida sin desconfianza ni sospechas, porque así se multiplicarían los innumerables beneficios de que acabamos de hablar! Acusar á la Iglesia de tener miras ambiciosas, no es sino repetir una antiquísima calumnia de que sus poderosos enemigos se han valido más de una vez para disimular su propia tiranía; y la historia, cuando se la estudia desapasionadamente, muestra con claridad que, lejos de ser opresora, la Iglesia ha sido multitud de veces víctima de la opresión y de la injusticia, lo cual estriba en que su fuerza consiste, no en el poder de las armas, sino en el del pensamiento y la verdad.

Ciertamente, tales acusaciones no se han lanzado contra la Iglesia sino por perversa intención y constituyen una obra perniciosa y desleal, al frente de la cual va, ejecutándola antes que nadie, una secta tenebrosa que la sociedad soporta hace muchos años, y que, á modo de gérmen mortífero, contamina su reposo, su fecundidad y su existencia. Personificación permanente de la revolución, forma una especie de sociedad vuelta del revés, que tiene por objeto ejercer una especie de oculto dominio sobre la sociedad pública, y cuya razón de ser consiste únicamente en la guerra que mueve á Dios y su Iglesia. No es necesario nombrarla porque en estos rasgos nadie habrá dejado de descubrir á la francmasonería, de que expresamente hablamos en Nuestra Encíclica «Humanum genus,» de 20 de abril de 1884, denunciando sus tendencias malsanas, sus erróneas doctrinas, su obra funesta. Abarcando con sus inmensas redes á casi la totalidad de las naciones y relacionándose con otras sectas, á quien hace moverse por secretos hilos; atrayendo al principio y conservando luego sus afiliados con el cebo de las ventajas que les procura; y unas veces con promesas y otras con amenazas sujetando los gobiernos á sus designios, esta secta ha conseguido filtrarse en todas las clases de la sociedad y viene á ser como un Estado invisible é irresponsable den-

sus ramificaciones internacionales, en todas partes osa levantar su mano execrable, sin temor á ningún obstáculo y sin retroceder ante ninguna maldad. Renegando de todo vínculo social y menospreciando cínicamente las leyes, la religión y la moral, sus adeptos han tomado el nombre de "anarquistas" y se proponen destruir la sociedad actual por todos los medios que puedan sugerir una pasión ciega y salvaje. Y como la sociedad recibe la unidad y la vida de la autoridad que la rige, contra la autoridad dirige sus tiros la anarquía en primer término. ¿Cómo no estremecerse de horror é indignación, y al mismo tiempo de lástima, recordando el crecido número de víctimas del anarquismo en estos postreros años; emperadores, emperatrices, reyes, presidentes de poderosas Repúblicas, cuyo crimen consistía en la suprema autoridad de que estaban investidos?

Ante la inmensidad de males que agobian á la sociedad y de peligros que la amenazan, Nuestro deber Nos exige que advirtamos de nuevo á los hombres de buena voluntad, sobre todo á los que ocupan puesto preeminente, que deben considerar, y á ello les conjuramos en este momento, los remedios que exige la presente situación, y, con previsora energía, aplicarlos sin tardanza.

Ante todo conviene enterarse de estos remedios y aquilatar su valor. Lo que desde luego oímos ensalzar hasta los cielos es la libertad y sus beneficios, cosas en que se cifraba el remedio soberano y se veía un incomparable instrumento de orden fecundo y prosperidad. Pero los hechos han demostrado luminosamente que la libertad carecía de la eficacia que se la quiso atribuir. Conflictos económicos y luchas de clases estallaron por doquier, y no se ve apuntar por ningún lado la aurora del día que ha de traer la paz social. Mas prescindiendo de esto, y como cada cual puede comprobarlo por si mismo, tal como se entiende hoy, es decir, concedida indistintamente á la verdad y al error, al bien y al mal, la libertad no conduce á otra cosa sino á rebajar todo lo noble, santo y generoso, y á franquear más libremente el paso al crimen, al suicidio y á las pasiones más abyectas.

También se ha sostenido que el fomento de la instrucción, dando á la multitud ilustración y cultura, bastaría para sustraerla de sus tendencias malsanas y contenerla en los límites de la rectitud y la probidad. Mas la dura realidad ¿no nos está demostrando á cada paso para qué sirve la instrucción que no va acompañada de una sólida educación religiosa y moral? Por efecto de su inexperiencia y de la fermentación de las pasiones, el alma de la juventud sufre la fascinación de las doctrinas perversas y, singularmente de los errores que una prensa sin freno siembra á granel, los cuales, depravando á la vez la inteligencia y la voluntad, alimentan en la juventud el espíritu del orgullo y la insubordinación, que tantas veces altera la paz de las familias y de los pueblos.

También se cifraron grandes esperanzas en los progresos de la ciencia, y, ciertamente, la pasada centuria los ha visto bien grandes, bien inesperados, bien maravillosos. Pero, ¿es acaso cierto que tales progresos nos hayan procurado la plena y renovadora abundancia de frutos que de ellos esperaba el deseo de tantas gentes? Cierto que el vuelo de la ciencia ha abierto nuevos horizontes al entendimiento, y que ha ensanchado el imperio del hombre sobre las fuerzas de la materia, y que la vida terrena se ha suavizado en muchas cosas. Y, sin embargo, todos sienten y muchos reconocen que la realidad no corresponde á lar esperanzas. Y no se puede negarlo cuando se contempla el estado de los ánimos y las costumbres, cuando se examina la estadística criminal, cuando se escuchan los sordos rumores que parten de abajo y se observa el predominio de la fuerza sobre el derecho. Sin mencionar todavía las muchedumbres que padecen miseria, basta una ojeada, aunque sea rápida, á cuanto pasa en el mundo, para comprobar que una indefinible tristeza embarga las almas y un inmenso vacío existe en los corazones.

El hombre ha podido hacerse dueño de la materia; pero la materia no ha podido darle lo que no tiene, y en las grandes cuestiones que se refieren á nuestros intereses más elevados, la ciencia humana no ha dado solución; la sed de verdad, el hambre de bien, el anhelo de lo infinito que nos devoran, no han podido saciarse, y ni los goces y los tesoros de la tierra, ni el aumento de las comodidades de la vida han podido calmar la angustia moral en el fando de los corazones.

¿Habrá que mirar con desdén, habrá qué renunciar á las